

LEONCIO GUERRERO

## LA NOVELISTICA AUTOBIOGRAFICA DE CARLOS ACUÑA

---

LA REGION aledaña al río Maule posee una rara atracción. Esa tierra bravía y pobre coge precisamente por su reciedumbre telúrica, que se percibe en el aire, en el río y en el mar.

Carlos Acuña se formó en ese medio legendario y estimulante para el espíritu sensitivo.

Su primera obra la publica en 1913 y se titula *A flor de tierra* y es el producto de sus primeras vivencias. Es una etapa imaginativa en que entra, por mucho, la fantasía adolescente al contacto con esas noches alucinantes junto al famoso *Cabo Carranza*, al sur del puerto de Constitución, donde su familia poseía un predio. El ulular del viento y el alarido de las sirenas de los barcos en peligro le sugerían complicados y poco reales argumentos. Típicos relatos de este período son aquellos en que abundan las supersticiones, las más inverosímiles consejas, lo sobrenatural y terrorífico. *La mariposa extraña* es un ejemplo de lo que aseveramos. Al cuidado del faro *Carranza* está un lugareño de mentalidad simple que vive con su mujer. No han tenido hijos. Una noche de tormenta el oleaje arroja a la playa el cuerpo inanimado de una muchachita. La adoptan a pesar de esa mancha en forma de mariposa que ostenta en el pecho desnudo. La llaman *Marina* en homenaje al mar que se las ha enviado, arrebatándosela a algún barco naufrago y desconocido. Pasan los años. Crece. Una noche, cuando el surazo azota los cristales de la torre y arroja contra ellos todos los insectos con la violencia desatada de los elementos, el farero siente un presentimiento al ver estrellarse una gran mariposa nocturna. Pronto oye los gritos de su mujer anunciándole que Marina se ha ahogado cogida por una gigantesca ola. Como esta narración hay otras, cuyos temas son tomados de un mundo mágico y poético.



En su segunda obra, *Capachito* (1921), dejando de mano estos ensayos un tanto convencionales, se interna ya por el realismo costumbrista, que habría de ser a la postre su verdadera característica literaria. En este libro recopila relatos cuya temática son los avatares de hombres y mujeres que nacen y mueren en el cósmico ambiente maulino. Ya no inventa argumentos truculentos, sino que no tiene que esforzarse mucho para encontrarlos, pues le basta narrar sus propias experiencias en un mundo que conoce en sus más mínimos detalles. Nos sería difícil separar lo que es ficción y lo que es vida auténtica. Para conocer las reacciones y la idiosincrasia de este escritor, tenemos a mano su propia literatura. *Capachito* nos revela su ingenua alegría y el sano sensualismo de un hombre que despierta a la vida, maravillado ante la mujer, el paisaje y lo desconocido.

El título es un acierto, un símbolo. ¿Qué es un *capachito*? Es una especie de canastillo para recoger los racimos de uva de las vendimias. Está confeccionado con pieles de vacunos, rosillos, overos, lagartos. "Los hay también de pelos de chivato o de caballo, todos con el pelo hacia afuera. Arma la boca una flexible vara de membrillo formando un círculo, y a su alrededor se ha cosido la piel con ralas puntadas del mismo cuero, en una costura rústica que muestra abiertos los agujeros del punzón".

Un capacho es, pues, una cuenca en lo que se recoge la fruta, es decir, por traslación, la vida. Esa vida plena y rústica, sin complejidades morbosas. Pero allí en la costa esos capachitos son destinados a las muchachas para que no "estropeen su *blandura*" al acarrearlos cargados de jugosos pámpanos de rulo. El autor evoca esa suavidad tersa que son los hombros de las adolescentes. Además, el cóncavo capacho es un seno de mujer, como se lo advierte el malicioso capataz desde lejos con el plástico gesto de sus manos crispadas.

Rememora esa lejana escena, vivida tantos años atrás y, sin embargo, tan presente. Ha llegado el *patrón* de Santiago. Es joven, bien parecido y, además, es el hijo del dueño de las tierras, doble encanto para las mozas vendimiadoras. También trae el prestigio de venir de la ciudad y conocer a las *señoritas* capitalinas. No se creen dignas de sus atenciones, pero lo miran de reojo con mal disimulado deseo. Una de ellas le llama la atención, la que busca su perdido capacho. "Miro entonces a la muchacha a los ojos y mis pupilas se quedan allí enredadas en unas pestañas deliciosamente juveniles. La mirada es jugosa y transparente. Da la sensación del agua cristalina. La color

del rostro es morena, ligeramente pálida". Adviértase esa compenetración de lo material, de lo exterior realzando con sus cualidades (jugosa, transparente, cristalina) las excelencias síquicas de la niña.

Julia, la Capachito, "va la última moviendo el cuerpo con coque-tería, como que se sabe observada. Una mano en la cadera y la otra apretando contra la cintura el capacho. El vestido corto deja entre-  
ver los muslos llenos y las piernas finas, bien modelados sus volú-  
menes tentadores". Con unas cuantas frases, precisas, plásticas, nos  
hace representarnos la estampa de la joven campesina, con el colorido  
de un pintor.

Luego, detengámonos en esta observación del mayordomo:

—"Vamos, que le está *ligando* la niña, patrón..."

Este término *ligando*, tan sugerente y tan popular. Ligar, unir por  
medio de una sustancia pegajosa como la liga que se usa para  
atrapar los pájaros.

—"La Julia, pues... Miren como el patrón se hace el leso... ¿Qué  
no le ha visto el par de capachitos tan lindos?"

Es la sugerencia rufianesca del servidor, llamándole la atención  
sobre lo que realmente es lo más sabroso de la niña.



Junto con esta capacidad de evocación, de sugerencia, de penetra-  
ción en la sicología de los personajes, hay que destacar el conoci-  
miento del ambiente objetivo en el cual se desarrollan los hechos.  
Es su característica, su sabrosa captación del paisaje que tan bien  
conoce, casi sin el mismo darse cuenta. Veamos cómo describe una  
*enramada*: "tenía techo de teatina y se asestaba en cuatro fuertes  
horcones y para subir a la vivienda del cuidador había una escalera  
rústica con travesaños de espino. Las paredes son ramajes de álamo,  
atados con haces de *quilos*, y el viento había dispersado las hojas se-  
cas que dejaban anchos claros entre las varillas. Pero no había miedo  
al aire en el estío ardiente de la gleba cauquenista". Desde lo alto  
de este mirador se puede abarcar toda la extensión de la viña y poder  
así defenderla de ladrones nocturnos. Allí vive el Juancho, un mozo  
rústico, con la escopeta al brazo y extrayendo alargadas y eglógicas  
melodías a su flauta de cicuta. Una noche pasa junto a este mirador  
el patrón y oye unas voces que lo hacen detenerse adolorido. Recono-  
ce la de Capachito en tierno quejido de amor...

Carlos Acuña tiene condiciones innatas de narrador y sabe combi-  
nar los dramas de los personajes, con el ambiente natural, además

de obtener el rápido y efectista desenlace. Las frases precisas subrayan el estado de ánimo del protagonista. "Recuerda la mirada jugosa y transparente, las piernas finas y robustas..." Con lo que los celos físicos se hacen insostenibles y humillantes.

Entre los personajes sobresalen, sin discusión, las muchachas campesinas. Todas de catorce, quince o dieciséis primaveras. Para Acuña, las mujeres en sus variedades más disímiles forman al final una sola: la mujer genérica. La morena, la rubia, la trigueña, la cobriza. Todas tienen un cuerpo cimbreante, pierna fina y robusta y un vestido de percal bajo el cual se agitan las excitantes formas juveniles. Mas parece que su ideal femenino es la rubia, como el autor es moreno. Este tipo lo tienen sus heroínas más destacadas. La protagonista del cuento *El mote*, Vicha, posee el cabello claro y las manos oscuras. Su galán le llama la atención sobre esta singularidad:

"—Porque trabajo" —le contesta con presteza.

"—Y Ud., que es moreno, ¿por qué las tiene blancas?"

\*  
\*            \*  
\*

Hay una gran delectación, un goce diáfano, festivo en las escenas de este inolvidable relato. Mientras ella enjuaga el hinchado grano, él quiere besarla. "Ella para esquivarlo, ha cogido un puñado de este mote, rubio y suave como sus cabellos y se lo ha echado a la boca. Unos granos conocen el secreto de su corpiño".

"—¡Tiene gusto a Vicha!" —exclama saboreándolo.

"—¡Qué alabancioso, cuándo me habrá probado!" —le observa ella con faz arrebolada y llena de risa.

Hay que notar esta cualidad tan reconocida en los habitantes de la costa, su espontaneidad y rapidez en la réplica. Ambas contestaciones de la niña revelan agilidad mental, un deseo de humillar al enamorado, de solazarse en su turbación. Pero este galán tampoco es "quedado". Esta frase, "tiene gusto a Vicha", tiene un alcance sensual.

En estas escenas nunca se desliza una expresión grosera, directa. Todo encierra un subentendido, una sugerencia soterrada.

Tan hermoso, tan plástico, tan eglógico es el cuento *Juanita la loserá*. En él se combinan la gracia física de la modeladora de greda y su espíritu moldeable por el amor.

\*  
\*            \*  
\*

No siempre se preocupa por estos amoríos adolescentes. También es un hábil observador de caracteres menos poéticos. Como en el cuento *Carafosca*, en que estudia un original temperamento de abogado provinciano, terco, introvertido, de gran pureza moral. Sólo defiende pleitos honrados. Prefiere aquellos en que las injusticias son manifiestas, aunque sus defendidos no tengan dinero con qué pagarle sus honorarios. Nunca ríe, no tiene amigos, ni se le ha conocido amores. De pronto, surge la noticia de que se casa con la mujer más hermosa del pueblo. Tiene hijos y es feliz. Pero la esposa muere y este hombre tan indiferente, tan al parecer insensible, tiene gestos que significan los más fervientes homenajes que pueda recibir una mujer. Personalmente le lavó su cuerpo, le cerró los ojos, la metió al ataúd, la veló y marchó con el más profundo dolor tras el féretro.

Hay un interesante estudio de sicología en este cuento que hace meditar.

\*  
\*       \*  
\*

Los más pedestres menesteres y faenas del campo son convertidos en materia literaria. Por ejemplo la conocida escena de la cocida de choclos. (*La hornada*). Describe el ambiente con precisión evocadora. Junto con desgranar los choclos, se van desarrollando idilios. Aquella noche la Trini, "de los dientes más blancos que los tiernos y humeantes granos de maíz", ofrece el choclo ritual al *Campañista*, un mocetón que le gusta. Samuel acepta y muerde la mazorca "como si lo hiciese en las duras mejillas de la muchacha". Con este gesto han quedado comprometidos oficialmente.

\*  
\*       \*  
\*

Carlos Acuña es un panteísta, un adorador de la naturaleza, de los seres que en ella sufren y mueren. Los entes más insignificantes caen dentro del foco de su observación y de su compasión. O es el grillo que ha entrado por el balcón y que le anuncia buena suerte. O es el *piure*, un molusco que vive entre los huecos que el mar ha horadado entre las rocas. "Fue —escribe— en aquella rebusca por las rocas, cuando el pequeño piure me produjo un sentimiento de piedad. Hundí la hoja acerada y di un corte circular que dejó en descubierto en su alvéolo al minúsculo marisco degarrado". Esta reacción podría considerársele acaso sensiblería. Pero no lo es. Es exquisita

sensibilidad de quien se ha identificado con los seres que lo rodean.

El mar, con toda su grandeza y su violencia es motivo de su adoración. Ese mar bravío que baña las costas abruptas de la provincia, en su lucha por modelar esos inmensos y únicos monumentos de piedra que son la Piedra de la Iglesia, las Ventanas, los Calabocillos.

El río es un héroe de inolvidables epopeyas y tragedias.

El hombre maulino, con sus legendarias hazañas en su lucha con el mar al lanzarse fuera de la ría en indefensos lanchones y faluchos destinados a lejanas y extranjeras bahías. Ese *Chonta Piloto* que es resumen de la idiosincrasia lugareña. Un campesino que se hace piloto de lancha, patrón como se le llama a estos intuitivos marinos que aún navegan guiándose por las estrellas y los vientos. Como tiene que dar un examen de pericia ante una comisión de oficiales de la Armada, uno de éstos le interroga:

“—¿Qué harías bordeando la corriente del Gulf Stream, con viento nordeste, a estribor y temporal desatado?”

“—Oiga, patrón, en esos apuros... se ven los gallos...”



*Mingaco* se titula su tercer volumen de cuentos y fue publicado en 1926. *Mingaco* es una voz indígena que denomina el acto de ayuda colectiva consistente en cooperar con mano de obra en cosechas y vendimias. Todos los vecinos se esmeran en participar con su esfuerzo personal desinteresado. Por extensión, esta solidaridad en la acción común la aplica socarronamente al apodo con que se conoce a una joven campesina que fue engendrada en cooperación de todos los varones del lugar. La madre de *Mingaco* era de costumbres poco exclusivistas... El patrón gusta de la compañía de esta rapaza, así llamada. Sale con ella por los cerros. Su mayor agrado es cazar lagartijas. Un día los sorprende una tía del galán, ya solterona y llena de prejuicios.

Vuelve por los temas marinos donde mezcla la superstición con los actos heroicos. Logra producir ambientes propicios a los presentimientos. Cualquier detalle o suceso significa un fatal aviso, de muerte, como en el caso de Rosarito, que presidía con su gracia femenina “los despertares campesinos”.

Las brujas también aparecen en escena. Esas feas y repulsivas mujeres, restos de las machis araucanas, son dueñas de vida y muerte de los maulinos. Participan en sus amores y en sus deslealtades, ejerci-

tando sus malas artes y embrujamientos y estimulando y aun coope-  
rando en sangrientos dramas de venganza.

Su posición y actitud de patrón se acentúa. Para él son todas las  
adolescentes de catorce o quince años, o sea, la flor de la sexualidad.  
El derecho de pernada es para él, para el vigoroso joven que se  
educa en la capital y que tiene modales tan distintos de los rústicos  
mozos que jamán han salido del rincón. Indudablemente que esta ac-  
titud provoca recelos y soterradas, aunque respetuosas, rivalidades.

Lo vigilan ojos rencorosos cuando se va con las jóvenes por las  
solitarias playas, por las encubridoras dunas o bosquecillos de boldos  
achaparrados. O cuando las arrastra a la noche cerrada detrás de las  
casas. Este señor feudal no tiene reposo mientras es fuerte y arreme-  
tedor. Los otros mancebos lo odian y lo temen. Hay más de alguno  
que se siente acomplejado frente al patrón. No puede desafiarlo.  
Prefiere trasladar sus ansias de lucha vengativa contra el mar. Se le  
ve lanzándose contra las olas en los acantilados, a riesgo permanente  
de destrozarse contra las rocas. Esas violencias lo calman. Pero frente  
al patrón, se convierte en un tímido.

En oposición, hay otro que no le teme y lo desafía a una leal topea-  
dura, cuando se convence de la infidelidad de su amante. Se atacan con  
rudeza, con deseo de eliminarse. Pero la suerte está con el "futre",  
que lo derriba del caballo. El vencido, al caer, se corta la lengua. En  
su soberbia se la arranca enteramente y se la arroja a la mujer infiel  
que por allí pasa en ese instante.

Este conjunto narrativo de *Mingaco* es la crónica de la juventud  
del autor, de sus aventuras de galán enamorado, de sus arrestos de  
hombre en la plenitud de su vigor.

Por lo demás, es ésta una actitud inofensiva e ingenua en que  
participa más la imaginación que la realidad. Lo que interesa es su  
facilidad de narración, su sentido poético, su poderosa capacidad de  
evocación y esa permanente ternura por las tierras y seres del campo-  
costa del centro de Chile.

\*  
\*            \*

*Huellas de un hombre que pasa* (1940). Es su postrer obra. "En este  
libro aparecen relatos de distintas épocas, después del año 1926, en  
que apareció *Mingaco*". Advertencia que hace el autor "para evitar  
confusiones cronológicas".

En este conjunto de narraciones distinguimos claramente dos partes

bien delimitadas: las experiencias de la vida urbana y las evocaciones de un hombre otoñal de lugares y hechos del lejano terruño de su mocedad.

La ciudad produce en este campesino trasplantado reacciones complicadas y sutiles. Sabe observar a los personajes de este nuevo escenario. Los vigila con socarronería, con una permanente sonrisa de crítica. No participa en sus pasiones. No podría hacerlo. Las de él son menos pervertidas e hipócritas, más sinceras y espontáneas. El hombre y las mujeres de ciudad no se aman como los campesinos, sin reticencias, movidos por el deseo primitivo. Aquí por las calles hay complejidad, perfidia sonriente, sensualismo refinado y ferocidad contenida. Acuña adivina dramas y vicios en las caras impasibles de los transeúntes. Uno de sus personajes comenta: "El otro día al bajar de un tranvía en la esquina de Providencia con Pedro de Valdivia tuve la sensación de una mirada cerebral y terrible, un producto de esta época. Era un hombre bajo de estatura, de tez linfática que usaba lentes gruesos, apretados a la nariz. Indudablemente un extranjero: ruso o judío. . . Un hombre con mirada de hielo". Esta mirada de odio, fría, asesina, la encontrará por todas partes y en todos los hombres y mujeres que viven y sufren en medio de la gran urbe.

La ciudad, pues, no produce esos temas eglógicos de su tierra "cauquenista". Hay drama, desesperación, cansancio de vivir. Las mujeres aparecen falseadas, sin el puro y dionisiaco impulso de la hembra campesina, leal y bravía, capaz de defender su macho y su amor. En cambio, Raquel Laínez, muy bien observada, "no podía ser exclusiva para nadie. Había nacido mariposa, vilano blanco y fluyente, hoja que se lleva la brisa".

Esta actitud amorosa de la ciudad no logra captarla en sus narraciones. Sus personajes resultan falsos, cursis y convencionales. En su cuento *La que no tenía corazón* podemos atestiguar estas caídas literarias. Es un cuento con intenciones psicológicas. Su retórica se hace pesada, llena de lugares comunes.

Lo coge también la temática de protesta contra la explotación de que es víctima el ciudadano, "el hombre intelectual civilizado". Denuncia los bajos sueldos, causantes de tantos dramas y miserias de los empleados que tienen que robar para satisfacer las exigencias de sus parásitas amantes y consortes, que les exigen pieles costosas, vida mundana, viajes, representación social. Se duele de que los hombres caigan en estas debilidades, pues "la perfumada intimidad de la alcoba domeña los caracteres mejor templados".

Cuando siente la atracción de alguna muchacha que cree pura y

pasional como las de sus tierras, se encuentra con una coqueta. Su romanticismo cae en el ridículo y su credulidad sufre las impacencias de los celos.

En el *Farol de hierro* penetra con sutileza en ese sensualismo bajo que excita y pervierte y hace cometer deslealtades.

Los crímenes que la prensa sensacionalista explota le proporcionan motivos nuevos para su pluma. Por ejemplo el caso de Emilio Dubois.

En *El señor que la hizo llorar*, que retrata a un minero del norte que se enriquece y se viene a Santiago a lucir costosas y exhibicionistas tenidas, parece, en cierto modo, su propio deseo de vestir elegantemente. Resalta la preocupación por exhibir corbatas pintarrajeadas, sombreros de alta copa, trajes de corte impecable. Pero, hombre provinciano, de moral sana, critica ácremente la amoralidad de los aventureros cazadores de dotes. Su pluma se torna mordaz, despreciativa. Esos temas de ciudad que no quiere no serán por mucho tiempo motivos para sus narraciones. Las abandona, acaso con un suspiro de alivio. No está su espíritu para complejidades ni para reformar lo que ya no tiene remedio.

Pronto lo vemos abordar de nuevo los temas de su tierra natal en una tardía evocación de su mocedad. Pero ahora estos relatos no tienen la vivacidad prístina de lo inmediato. Se les percibe envueltos en una neblina, hecha de tiempo, de pasado y de distancia. Son *Las huellas del hombre que pasa*.

La remembranza se inicia en la segunda parte de la obra con una cita autobiográfica: "Hay un nido de mis antepasados que se llama *Quiptomávida*. Es un cerro agreste en un fundo de secano; allí echó raíces un descendiente del capitán portugués don Cristóbal Da Cunha y Oliveira, que se estableció en los campos de Chillán con una merced de tierras del rey español a quien servía, allá por los años de 1558. Ya ves que mi raza es vieja; no ha tenido la oportunidad de gobernar; pero viene de la espada, no de un mesón de hortera". Termina no sin cierto orgulloso desdén crítico. . .

Continúa: "...los conquistadores y fundadores buscaban la proximidad del agua, que es vida, flor y nube. No podemos vivir sin agua y sin amor".

En aquel paraíso de sus antepasados, no tan sólo hay rocas gigantes, paisajes agrestes, sino también "mozas campesinas, muchachas de nuestro pueblo por cuyas venas corre casi pura sangre de los toquis inmolados que el implacable guerrero blanco no pudo robarles la faceta en que destella el esplendor de la tierra nativa".

Su familia guarda una daga antigua que "tenía sangre de tragedia".

Uno de los antepasados del autor fue asesinado con ella y fue la mano de la propia esposa la que la ofreció al amante.

Después de esta estampa que aclara su estirpe, se hace sentimental, pero con una emoción de hombre que no llega al llanto ni a la desesperación de sentirse pasar. Su prosa se torna fina, sutil, depurada, sugerente.

Influido por Ortega y Gasset, llama a esa región de sus años mozos *La Castilla Maulina*. Y la describe con esa sobriedad castellana que ha hecho tan sabrosas esas emocionadas remembranzas del filósofo español. Son acuarelas ágiles y sugerentes. "La llanada sólo muestra espinos y espinos raquíticos, ya explotados por los carboneros y leñadores, y un esmirriado pasto seco y amarillo. Alguna vez alguna mancha de álamos o perales alegra con su verdor el rojo de un tejado. En aquella tierra de secano los hombres han levantado su casa buscando la vertiente, el arroyo o la vega húmeda cuando no hay que horadar el suelo estéril con la noria. Sabana seca y ardida que parece chisporrotear al sol". No es que Acuña quiera imitar al maestro, sino que desea poner en evidencia este parecido de su terruño de "secano" con aquella otra sabana estéril que sólo "horada la noria" para el agua de vida. El páramo es idéntico. Lo mismo que la soledad y el silencio. Es el *desafío* del ambiente para extraer la respuesta del hombre que lo habita. Una respuesta de emoción creadora que hace posible la formación de literatos y artistas.

No hay dudas de que la cuerda narrativa de Carlos Acuña es el paisaje y el hombre de la tierra, enfocados con la sensibilidad de una vieja raza de *patrones huasos*.



"Narrar no es cosa fácil; perdonad la empresa", apunta Carlos Acuña citando una expresión de G. M. Holdsberg. El sabe que interesar, transmitir emoción, hacer revivir hechos y momentos en determinados escenarios, es un *don* que sólo se trae al nacer. Y narrar como lo ha hecho él, con esa simplicidad de estilo, con esa valiente sinceridad, lo es más.

En *Capachito* encontramos una especie de declaración de principios estéticos. Dice: "El agua que brota de la peña es más fresca y tiene un sabor más puro que la traída en artificio, aun cuando venga por cañería de oro". Con lo que quiere dar a entender que lo espontáneo y que brota sin esfuerzo porque no pretende dar espectáculo, sino que simplemente coger lo natural en todo su sabor primitivo, es lo

valedero en literatura. Lo rebuscado, el barroquismo de la idea o de la forma hacen perder su pureza inicial al cuento o a la novela. Para Carlos Acuña nada debe ser traído por "artificio". Debe venir por la abierta huella de la fontana, cuya agua, olorosa aún a yerba y a rocío, preste al estilo su expresividad sencilla y eglógica. Así es la obra de este narrador maulino. Su literatura fluye fácilmente, sin estridencias idiomáticas, con la frase justa y con los elementos apropiados, extraídos del mismo medio en que actúan los protagonistas. Acuña es un escritor que vivió sus argumentos y los problemas vitales de los hombres que stampa en sus cuentos. No contempló con ojo curioso, desde afuera. El mismo es la síntesis de sus personajes. De ahí su fuerza comunicativa.

Supo interpretar a ese paisaje y a esos seres humanos en sus pequeñas alegrías que son las mismas de todos los seres en cualquier parte de la tierra donde haya vida y pasiones. No sigamos repitiendo esa especie de "costumbrismo regionalista" con que queremos menospreciar nuestra literatura. Seguramente que el nombre de las cosas, de los árboles, de los lugares es lugareño. Pero el beso, el ensueño, la ilusión, la venganza, la tristeza no son particularidades psicológicas de la región del Maule.

Carlos Acuña escribió solamente cuentos. Parece que este género se adapta más a su temperamento. La narración corta se presta para el desenlace rápido, al golpe emotivo sin larga y morosa preparación. Un trozo de vida desarrollado ágilmente es como un poema, un total psicológico.

Por lo demás, toda su obra es una extensa novela con pinceladas humanas y paisajísticas. Si tomamos uno de sus cuentos, vemos que fácilmente podría haberse convertido en novela. Creemos que tenía en preparación una, titulada *Alga verde*. ¿Dónde está?

Mucho se podría decir de la obra narrativa de este escritor nacional del cual se ha hablado tan poco. Se extinguió su vida en silencio un día de principios de año y su obra parece también haberse desvanecido. Se le haría justicia a su creación literaria, tan emotiva, tan fluida, tan clásica, reeditando sus libros donde volcó todo su cariño por esas "tierras pobres", como las llamó el poeta González Bastías o *La Castilla Maulina*, como las denominó él.

#### B I B L I O G R A F I A

Obras de Carlos Acuña

*A flor de tierra* (prosa y verso), 1913. *Mingaco* (cuentos y novelas cortas), 1926.

*Capachito* (cuentos), 1921. *Huellas de un hombre que pasa* (cuentos), 1940.